EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 16

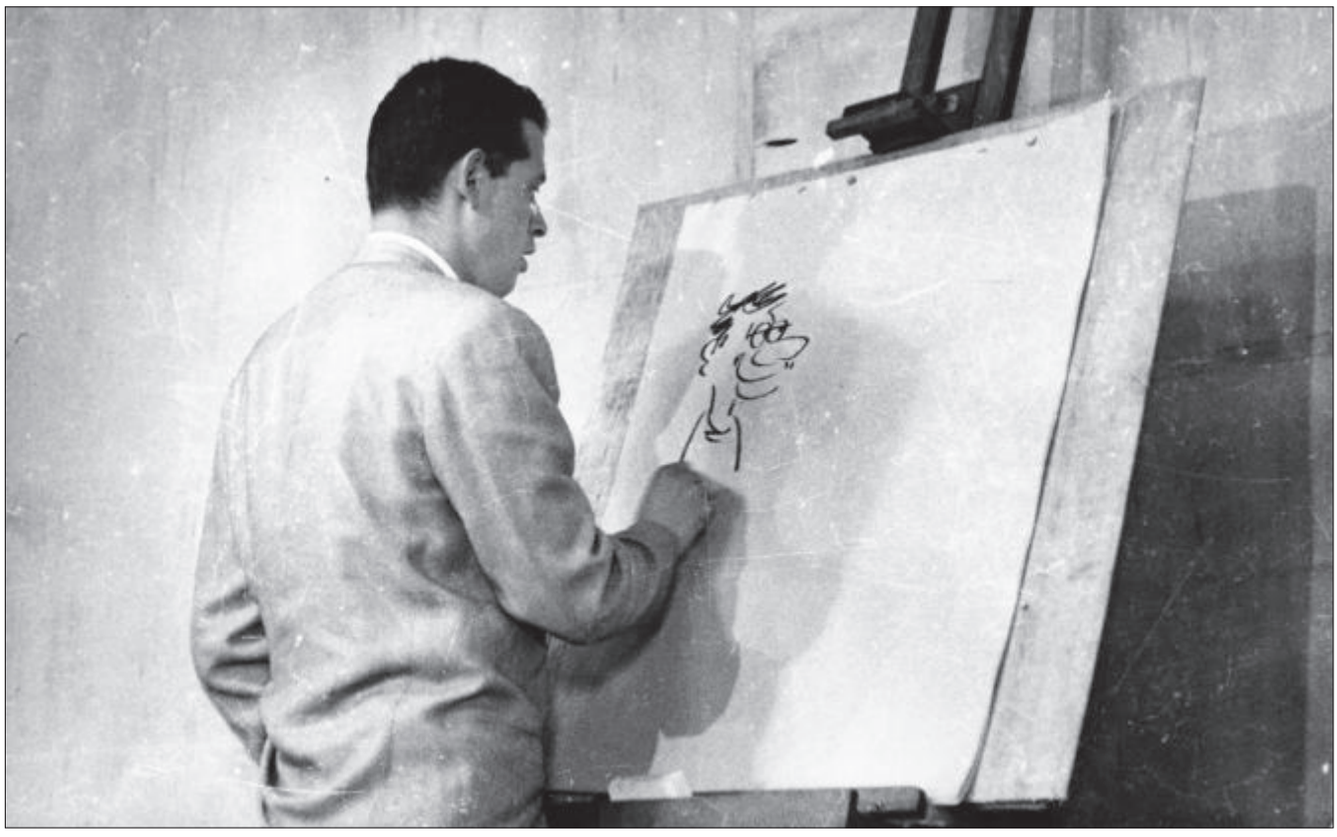
Mirador

Cartón en cuatro imágenes y un montón de palabras, al estilo de Abel Quezada

FLAVIO GONZÁLEZ MELLO

I

El cartonista observa al personaje a medio surgir de la hoja en blanco. Lo mide, lo cala, caza el rasgo, el gesto que le ha de sugerir el siguiente trazo. Porque es ella, la caricatura, la que va dictando su forma; una pequeña distracción del dibujante es suficiente para desviar el camino y acabar con la vida que empezaba a latir en el cartón, condenándolo, inevitablemente, a terminar hecho bola en el cesto de la basura. Pero no esta vez: al menos por el momento, la figura conserva sus signos vitales, para asombro del cartonista, captado en el instante de adivinar el resto del dibujo, mientras su presa sonríe burlándose de algo —probablemente, del propio autor. ~



EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 17

II

Por alguna razón, me vienen a la mente las fotos de Siqueiros en prisión. Debe ser el escorzo: el brazo extendido, no hacia el lente de la cámara sino hacia los colores de su paleta. Y aunque Quezada no parece estar en Lecumberri, su camisa a rayas emula las de los presos de caricatura. Al fondo, una pintura de gran formato retrata a una bola de generalotes y licenciados subidos a un tren (¿el de la revolución mexicana?), que saludan a los jinetes que desfilan como en 16 de septiembre, encabezados por (¿quién más?) Álvaro Obregón; mientras, en el extremo izquierdo, Madero parece a punto de ser arrollado por la revolucionaria locomotora. ~

EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 18

III

—¿Y tu papá, qué hace?
—Es cartonista.
—¿Tiene una fábrica de cajas?
—No. Dibuja diamantes que ostentan narices de millonarios, y moscas merodeadas por policías. ~

EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 19

IV

Y ahí está el cartonista, captado en un movimiento casual, probablemente inconsciente: rascarse una ceja. Sus elementos distintivos: el puro, los lentes (momentáneamente dejados sobre la mesa) y, por supuesto, el racimo de plumillas en primerísimo plano. Frente a él, la hoja en blanco espera pacientemente que pase el tic para ser saturada de trazos y letras, en alguno de esos abigarrados cartones, mitad artículos y mitad dibujos, con que Abel Quezada renovó la caricatura política y costumbrista mexicana post-*Chango* Cabral. Basta echar un vistazo a los cartones de cualquier revista política o literaria norteamericana actual, con su formato idéntico al de hace cien años (dibujo arriba, diálogos en cursiva abajo), para darse cuenta del aire fresco que los editoriales gráficos de Quezada trajeron a la caricatura mexicana, abriendo caminos por los que habrían de transitar Rius, Magú, El Fisgón y todos los que, años después, optarían por el más informal apelativo de *moneros*. Pero aquí estamos en el momento previo, cuando el dibujante, aún llamado cartonista, no ha llenado de trazos y palabras la hoja en blanco —que, de este modo, resulta el negativo exacto del cartón que Quezada publicaría al día siguiente de los hechos de Tlatelolco, hace exactamente cuarenta años. En otro contexto, en otro país, se habría tratado de un mero juego conceptual, heredero de las vanguardias; en el México de octubre de 1968 tuvo una lectura bien concreta, convirtiéndose en el comentario más agudo y contundente que la prensa publicó sobre lo que acababa de suceder. Paradojas de la caricatura: ¿quién iba a imaginarse que el cartón más célebre de un dibujante tan barroco y desbordado como Quezada iba a ser una simple mancha negra? ~